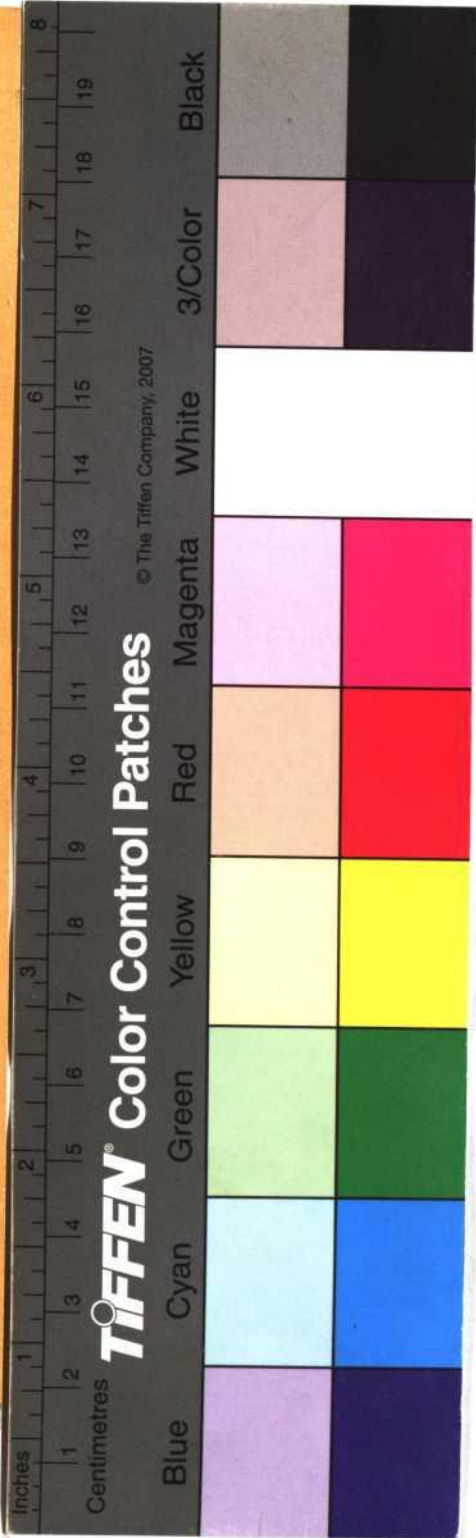


G-F 15270



DGCL
A

†.170715



EL MONTARAZA DE LA GOLOSIA,
revela por M. FERNÁNDEZ VILLEGAS.
O-I- EL LIBRO POPULAR
20.cents. núm-18.

EL LIBRO POPULAR

Se publica los jueves

Director: Francisco Gómez-Hidalgo

Oficinas: Huertas, 43

Apartado de Correos, 547

MADRID

Horas: De 10 á 2 y de 3 á 6

TODOS LOS DÍAS

La Empresa de EL LIBRO POPULAR, desea siempre de contribuir al desarrollo de nuestra literatura y de abrir á la juventud caminos de victoria, inaugura hoy su anunciado **Concurso de cuentos**, bajo las siguientes bases:

1.ª Habrá un premio de

500 pesetas

para el cuento que, á juicio de los señores que componen el Jurado, reúna mejores condiciones.

2.ª La Empresa de EL LIBRO POPULAR se reserva el derecho de adquirir otros tres originales que el Jurado recomiende, de los cuales tratará particularmente con sus autores.

3.ª El Concurso queda abierto á partir del día de hoy, hasta las doce de la noche del día 31 de Diciembre de 1912.

4.ª Los señores autores que residan en provincias deberán remitirnos sus originales en sobre certificado, cuidando de consignar en el sobre la siguiente advertencia: *Para el concurso*.

5.ª La extensión de los originales puede calcularse fácilmente, teniendo presente que éstos deberán ocupar veintituna planas sin ilustraciones del periódico.

6.ª Los originales deberán ir firmados con pseudónimo. Juntamente con el original, cada autor nos enviará, bajo sobre lacrado, su nombre y las señas de su domicilio. En estos sobres constará el pseudónimo escrito al pie del original.

7.ª Componen el Jurado de nuestro Concurso, Joaquín Dicenta, Felipe Trigo y Manuel Lináres Rivas.

8.ª El fallo del Jurado lo daremos á conocer en el último número de Enero de 1913.

9.ª El cuento premiado se publicará dentro del mes siguiente, ilustrado por el insigne pintor cordobés Julio Romero de Torres.

10.ª Los originales no premiados quedarán en nuestra Redacción á disposición de sus autores hasta el 15 de Febrero de 1913.

11.ª Toda la correspondencia deberá dirigirse á las Oficinas de EL LIBRO POPULAR, Huertas, 43, Madrid.

LIBROS QUE LEER

Hablaremos en esta Sección de los libros y revistas cuyos autores ó editores nos remitan dos ejemplares.

El mundo es así.—La preocupación de la crueldad en la vida se hace mayor entre los escritores á medida que aumenta en ellos la sensibilidad. Fruto de esta preocupación es la nueva novela de Pío Baroja, titulada *El mundo es así*.

Este libro, como muchos del ilustre autor, es un libro ligero, con un fondo de amabilidad, de tristeza y de amargura. No hay en él la arquitectura sólida, un poco pesada, de la novela francesa, que ha dado el tipo á la

literatura contemporánea; en *El mundo es así* todo es rápido, fugitivo, en zig-zag.

La primera parte describe un ambiente interesantísimo, el medio social de los estudiantes rusos refugiados en Guicha después de la Revolución; la segunda parte transcurre en Florencia y la tercera en Sevilla.

Hay en esta novela observaciones muy graciosas, muy entencionadas, paradojas grotescas y bellísimas descripciones.

El dibujante Marco, un poco incomplejo casi siempre, ha acertado esta vez en la portada de *El mundo es así*.

Violetas.—Quien dijo que la poesía y los poetas están llamados á desaparecer, tenía muy escasas dotes de profeta.

Cada día surge un nuevo vate, y á cada instante ven la luz nuevos tomos de poesías.

Lo malo del caso es que de cada cien poetas no hay dos que merezcan ese nombre, y de cada cien libros, noventa y nueve sólo son dignos de la hoguera.

Esto, sin embargo, no reza con D. Cecilio Benítez ni con su obra *Violetas*.

Benítez, mozo aún, seguramente, publica sus primeras producciones poéticas agrupándolas bajo el nombre modesto de *Violetas*. Y violetas son, en efecto, por su frescura y espontaneidad.

El tiempo y la práctica harán del joven escritor un excelente poeta y quién sabe si un gran prosista.

Las hijas del Cid.—La leyenda trágica que proporcionó á Eduardo Marquina su primer gran triunfo en el teatro, es obra de grandes alientos, en la que difícilmente puede apreciarse si su mayor mérito consiste en la rara perfección de los versos ó en el arte supremo con que el episodio que le sirve de base se desarrolla á través de sus escenas.

Todos los matices del arte dramático se encuentran combinados á maravilla en esta obra singular: emoción intensa, poderoso interés, delicadeza exquisita, energía elegancia, sonoridad, versificación correcta y fácil; cuanto el más escrupuloso de los críticos pudiera exigir para el género, ha sido prodigado por Marquina en este fruto de su inspiración.

Entendiéndolo así, sin duda, la Real Academia Española le ha concedido recientemente uno de sus premios, y para contribuir á tan señalada disposición en honor del poeta, la casa editorial «Renacimiento» ha hecho una admirable edición de *Las hijas del Cid*.

Sonatas.—Germán González de Zavala es un poeta de fácil inspiración y de rima muy cuidada. Su libro *Sonatas* lo demuestra con elocuencia, encontrándose entre sus composiciones versos tan lindos como los de su *Barcarola* y tan robustos y sentidos como los dedicados á los descendientes del Cid muertos en Melilla.


El autor de *Sonatas* será, ya que tal vez parezca un poco prematuro decir «es», uno de nuestros buenos poetas.

EL LIBRO POPULAR

Núm. 18.—7 Noviembre 1912

LA MONTARAZA DE LA GOLOSA

I

N mes hacía que el tío Antonio dejó este pícaro mundo, en el que cogido á la manquera del arado durante los inviernos, sentado en el trillo durante los veranos y estrujado siempre por la usura, pasó las cuatro quintas partes de su existencia.

No fueron eficaces contra la enfermedad que le cupo en suerte los grandes remedios que le aconsejaron sus convecinas, ni las bizmas de pez hábilmente colocadas en las partes del cuerpo en que creía tener asentado el mal, ni los ladrillos ardiendo que le aplicaron en las regiones doloridas, ni los cuartillos de vino con romero que se echó entre pecho y espalda, ni la sabia asistencia de la curandera de Zarapicos.

La *parális* que se apoderó del tío Antonio, no satisfecha con retorcerle los miembros hasta dejárselos convertidos en sarmientos, lo lanzó á la sepultura seco y arrugado como troncón de encina.

La muerte del tío Antonio sumió en la

orfandad á Ramona, su única hija, moza de veinte abriles que pasaba en el pueblo de Negrilla y en los demás comprendidos en un radio de diez leguas, por prototipo de belleza charruna.

El lector no tendrá, seguramente, idea perfecta y acabada de los rasgos, perfiles y contornos que debe reunir una Venus de la Armuña, así es que no llevará á mal que trace las líneas generales del talle y rostro de Ramona, con lo que al propio tiempo que doy á conocer á la protagonista de esta historia, lanzo á la vida de la inmortalidad un tipo de mujer digno de codearse con aquellos que perpetuaron el cincel de Fidias y los pinceles de Rubens y Ticiano.

Era nuestra heroína de estatura más que regular, es decir, que puesta en pie alcanzaría la talla del mejor gastador de nuestra española infantería; la cabeza, más bien pequeña, servía de plantel á una hermosa mata de pelo color de azafrán que, tegido en complicados trenzados, formaba sobre ambas sienes sendos rodetes tamaños como piedras de afilar y ancha lazada de forma de picaporte que se er-

guía enhiesta en la coronilla; la frente, repelada por la tirantez de la complicada máquina del peinado, resultaba tan espaciosa, que á no ser más de un tantico abombada, pudiera servir de frontón para jugar á la pelota. ¿Qué decir de su peregrino rostro color de arroz salpicado de pecas rubicundas? ¿Qué del delicado cutis, brillante y reluciente como si estuviera barnizado con clara de huevo? ¿Qué de sus ojos grandes, con aquel mirar lánguido y poético de las vacas en el establo? ¿Qué de la nariz, respingona y afilada? ¿Qué de los labios, finos, recogidos y sin color, como dispuestos á no dejar salir las palabras sino después de bien pesadas y medidas en el laboratorio de su pecho virginal? La artística cabeza se inclinaba al extremo de un cuello largo, delgado y blanco, que bien, sin hipérbole, pudiera compararse al de los cisnes, el cual cuello arrancaba de un busto tan apretado bajo el jubón, que si no permitía adivinar las prominencias del sexo femenino, marcaba perfectamente los abultamientos de las paletillas, alzando los hombros un poco más de la cuenta. Los brazos, si caían á lo largo del cuerpo, presentaban las palmas de las manos al observador que de frente la mirase, pero con más frecuencia se cruzaban con casta honestidad sobre el abultado vientre. La cintura subía á la boca del estómago. Las caderas sobresalían con exceso, abultadas y corregidas por la yuxtaposición de seis ú ocho refajos de bayeta á más de las consiguientes prendas interiores, que no eran de fina holanda, sino de lienzo del más burdo. Con esto, con ser bien metida de rabadilla, gorda de piernas, por lo menos de corvas para abajo, que era lo que permitían ver las cortas sayas, y ancha de pies con sus correspondientes juanetes y pedros, tendrá el lector una idea aproximada de las perfecciones que adornaban á la hem-

bra más codiciada de mozos y envidiada de mozas de cuantas pisaban la dura región desconocida de los geógrafos que lleva en la provincia de Salamanca el nombre de la Armuña.

La honestidad y el recato eran digno coronamiento á la hermosura de aquella virgen castellana, cualidades que se manifestaban muy especialmente cuando á los requiebros de sus adoradores contestaba mohina y zahareña con la frase «quita d'ahí, asqueroso», que compendia y resume el pudor de que ha de hacer gala toda charra de buena educación; y no se crea que aquel pudor se empañaba lo más levemente cuando, en unión de otras mozas casaderas, cogían con gran algazara al tonto del lugar en las eras ó entre los sembrados, y buseaban, y tras de buscar inquirían, y tras de inquerir se convencían palpablemente de ciertas anomalías fisiológicas de que dicho tonto estaba muy ufano y de las cuales deben apartar ojos y manos las castas doncellas.

El tío Antonio, al morir, dejó empeñada la renta del año, hipotecada la choza con honores de casa en que vivió, vendida con pacto de retro la yunta de bueyes, y sujetos al pago de las deudas creadas durante su enfermedad los aperos de la labranza y los muebles miserables de su vivienda. Ramona, pues, á más de quedar huérfana y sola, se veía en la precisión, si sus artes y la suerte no lo impedían, de abandonar en manos de los acreedores de su padre la hacienda toda y ella ponerse á buscar la vida acomodándose á servir en la ciudad, donde, según el testimonio de sus más experimentadas convecinas, todo peligro tiene su asiento y todo vicio su habitación.

No preocupaban á Ramona poco ni mucho la actitud de los acreedores de su padre, que trataban de hacer efectivos sus créditos con la rapidez, eficacia y codicia



naturales en casos como aquel; ni la indiferencia de sus amigos y parientes ante su abandono; ni el alejamiento de los adoradores de sus gracias, espantados de su conocida y pública pobreza, porque la conducta de unos y otros era lógica consecuencia de los sentimientos charros, tanto, que la misma interesada, aun siendo víctima de ellos, sabía y reconocía que no eran otros los resortes que podían mover las almas y las acciones de sus convecinos y paisanos. Tampoco le asustaban los peligros de la ciudad, ni temía la suerte que en ella podría correrse, que las almas tostadas bajo el sol de la Armuña ni sienten temor, ni conocen el asombro. No diré yo que allá en los repliegues de su conciencia no existiese un sentimiento de despecho por su desgracia y un ansia de humillar á los que la abandonaban, sentimiento y ansia que la conducían á desear un triunfo que la presentase orgullosa y despreciativa frente á las gentes del lugar; por eso pensaba, sin duda, en el tío Guriche; por eso le tendió las redes de su coquetería charruna, ¡que si ella se casaba con el montaraz de la Golosa, las medidas de su ambición llegarían al colmo y aun rebasarían de sus linderos!

El tío Guriche, según llamaban por mal nombre al montaraz de la Golosa, magnífica dehesa comprendida en el término de Negrilla, andaba encaprichado con Ramona. Más de una vez le había demostrado su simpatía con pellizcos hábilmente dirigidos y empujones muy elocuentes. El hombre había adivinado que los desdenes de Ramona eran púdicas concesiones que habían herido con flechas de amor su sensible pecho; pero bien porque no hiciese más que unos meses de su viudez, bien porque temiera que sus sesenta años no halagasen la vanidad de la hembra ó porque creyese que su facha no cuadraría con la gentileza de la moza, lo cierto

era que tardaba en plantear la cuestión de sus quereres con aquella claridad y precisión que el caso requería.

Que Ramona estaba al cabo de la calle de los sentimientos que había sabido inspirar al tío Guriche, era cosa indudable; pero como el tiempo pasaba y el montaraz ni se decidía ni se arrancaba por derecho, llegó á temer que se le fuesen de entre las manos los hilos de la malla que con rara habilidad había tejido para pescar al tío Guriche.

Cierto que ni los años ni las hechuras del montaraz eran para que de ellos se prendase una muchacha de veinte abriles de las prendas y perfecciones de la Ramona; pero como ésta tenía muy bien aprendida la filosofía positivista de Castilla, que condensada en refranes enseña «que más vale pájaro en mano que ciento volando», que «con un caldero viejo se compra otro nuevo», que «más vale un toma toma que cien te daré», siempre que pensaba en la deseada boda con el tío Guriche no veía sus piernas estevadas, ni su abdomen rebosante de la faja, ni su calva mal cubierta con el pañuelo de lana negro, colocado á modo de corona, ni su cara picada de viruelas, sino que los ojos de su imaginación se recreaban en la vasta alquería repleta de cuanto Dios crió, en los amplios corrales á ella adosados, en el monte, cuyas encinas festoneaban con caprichosos dibujos la curva línea del horizonte que le ponía límite, en las filas de carretas cargadas de sacos de trigo, en la ennegrecida cocina del mondongo... ¿Llegaría á ser ella montaraza de la Golosa?... Por lograr su deseo —¡casarse con el tío Guriche!— diera los rizos de sus sienas y el moño de añadidura, que eran los adornos de su belleza de que estaba más ufana y orgullosa.

Trancurrían los días, y con los días las noches, y por más que Ramona espe-

raba, haciendo cábalas y conjeturas, el tío Guriche no acudía al reclamo de sus amores.

Él, por su parte, estaba decidido á casarse con Ramona; pero como corría á la sazón el mes de Septiembre, época de llevar las rentas al administrador y de acudir á la feria con el fin de mercar los aperos y ganados necesarios para la labor del año próximo, aplazó para después de ultimadas tan arduas funciones el momento de resolver con Ramona la cuestión de su matrimonio.

La dos y media serían de aquella tarde del mes de Septiembre, en la que el sol caía sobre la planicie castellana derramando un calor que por allí llaman de maduramembrillos, cuando el tío Guriche montó en su yegua á la puerta de la alquería, torció á un lado el redondo sombrero para evitar que el sol le hiriese en los ojos, y apretando con las piernas los ijares de su cabalgadura, la hizo emprender el camino que conducía al pueblo de Negrilla.

Al paso castellano dejó pronto atrás la legua larga de la senda pedregosa y polvorienta que separa al pueblo de la dehesa; atravesó las callejas tortuosas del lugar; cruzó la plaza, en la que aún estaban colocados algunos de los carros que sirvieron de palcos en la corrida de toros celebrada el día de la Virgen y llegó á la casa de Ramona.

Al pasar por delante de las puertas, algunas mujeres se asomaron á ellas y aun salieron al arroyo para comentar las causas probables y los efectos posibles del viaje inusitado del tío Guriche.

La casa de Ramona hacía rinconada al extremo de una calleja. Una puerta estrecha y una ventana que más parecía gatera, eran los únicos huecos de la mezquina fachada de adobes tras de la cual se alzaba el templo de la diosa que ansiaba poseer el tío Guriche.

Ramona, cuando oyó en la calleja el repiqueteado andar de la yegua y vió por las rendijas del portón que el jinete que se acercaba era el tío Guriche, calculó bien pronto cuál fuese el objeto de la visita que tan fuera de hora lo llevaba bajo los dinteles de su hogar. Para ponerse en situación en tan solemne momento de su vida, se remangó las mangas del jubón dejando al descubierto los rollizos brazos, bajó un poco el pañuelo del cuello para que se viesen los nacientes del apretado seno, y sentada en la tajueta, que no alzaba dos palmos del suelo, continuó haciendo punto de media creyendo que aquellos detalles de su tocado, la postura que adoptaba y la labor que tejía, eran el sumum de lo poético y delicado para vencer las dudas y vacilaciones del tío Guriche.

No bien llegó éste á la puerta de la casa de Ramona, se apeó lo mejor que le permitieron el peso de sus años y la poca flexibilidad de sus músculos, ató las riendas á la herradura que para este efecto estaba clavado en la pared, y se arrimó al portón desde donde se distinguía la figura de su adorada. Un momento estuvo contemplando á su sabor á la moza, hasta que viendo que ella nada decía, gritó en tono festivo:

—Buenas tardes, mi ama.

Ramona se creyó en el deber de no contestar al recién venido, ni aun de apartar la vista del estambre azul que entre las puntas de las agujas se unía en nudos apretados mediante complicadas evoluciones de sus toscos dedos. Tan severa y pudorosa actitud no la impidió mirar de reojo y ver que Guriche abría el portón, cruzaba el umbral y se acercaba á ella para darle tan fuerte empuión que casi la hizo caer de la tajueta. No hay que decir que en contestación á tan delicado agasajo hizo un gracioso respingo

del que el menos conocedor de las coque-
terías charrunas hubiera deducido la sa-
tisfacción que le producía la suave insi-
nuación de su pretendiente. El tío Guri-
che dejó de dudar, si es que tenía alguna
duda, respecto al resultado de la proposi-
ción que iba á plantear á Ramona.

El montaraz se sentó en el anecho esca-
ño adosado á una de las paredes del por-
tal, y después de pasar varias veces la
mano callosa por la comisura de los labios
afeitados, dijo solemnemente:

—Aquí estoy porque he *vento*, galana.

Y después de esta profunda sentencia,
sacó de entre la faja un pañuelo de hier-
bas, se restregó con él el rostro salpicado
de menudos puntos de sudor, se rascó la
cabeza, y tras de realizar todas y cada
una de estas operaciones con calma y so-
siego, salieron de sus labios estas otras
palabras, dichas con no menos solemnidad
que las anteriores:

—Y yo á lo que vengo, vengo.

Largo silencio siguió á esta rotunda
afirmación, durante el cual se oía en la
calle el cloquear de unas gallinas.

Ramona, al fin, creyó de su deber el
contestar:

—El camino, de *toos* es, tío Guriche.

—Tras de que no sea mas que mío, ando
yo—. Y el montaraz miró á Ramona al
decir esto, para calcular el efecto de sus
palabras.

—Es muy angosto *pa* usted.

—Pues más arregostao vengo yo por él
que si fuese la *calzá* de la Plata.

—No sé cuál sea esa *calzá*.

—Hazte cuenta que la vereda de la
Golosa, si quieres tú *dir* por ella.

—No está hecha la vereda *pa* las mozas
como yo.

—Pues si no está hecha, la hago yo *pa*
ti camino real.

—Hay que dar mucho *arrodeo* para pa-
sar *endenantes* por la iglesia.

—Se *arrodea*.

—*Quantí* más que la iglesia está *desotro*
lao del pueblo.

—He dicho que se *arrodea* y se *arrodea*,
y lo que dice Guriche no lo mueven seis
parejas de *gües*.

—Déjelo *pa* hogaño, tío Guriche, que la
otoñá está encima.

—En la *otoñá* se ara y en la *otoñá* pren-
de la *sirmiente*...

El montaraz rió á careajadas después
de formular en tal culta imagen las di-
chas ciertas que de su amor esperaba.

—Si es que le voy á servir de *risión*,
porque soy una pobre...

—¿Quién dice pobre? Yo te hago rica.
En la Golosa tengo tres arcas llenas con
toa la ropa y *toas* las alhajas de la Blasa,
que esté en gloria. Pues siendo tuyas, de
mi mujer seguirán siendo... ¿Conviene?...
¿Sí ó no?... Pues de aquí á un mes nos *ca-*
semos... y está *too* dicho.

Largo rato duró todavía el dulce colo-
quio de los futuros esposos. Cuando ya
caído el sol, la yegua del tío Guriche, con
éste sobre los lomos, seguía la vereda que
conducía á la Golosa, el viejo se sentía
tan alegre y rejuvenecido, que canturrea-
ba con cascada *vóz*, pero con estilo in-
imitable, la *toná* que muchas noches lanzó
al aire frente á las casas de las mozas
de su tiempo, abuelas en la actualidad,
y de cuya música pueden juzgar los lee-
tores por la letra que á continuación
copio:

—*Como estás solita en la cama*

yo soy tu dueño

tu eres mi dama.

Caitaná, cotorrá.

Yo bien te entiendo

las maturrangas.

Caitaná, cotorrá...



II

RAMONA iba á realizar la ambición que prendió en su espíritu desde el punto y hora que se dió cuenta de los grandes destinos que su hermosura le tenía reservados. A las ocho de la mañana del día de Santa Teresa, ó sea del día 15 de Octubre de aquel año, salió Ramona de su casa tan compuesta y engalanada como requería la ceremonia de su boda, y si no mienten las vecinas, que, después de larga espera tras de las puertas de sus respectivas casas, la vieron echar la llave al portón, seguir calle abajo y doblar la esquina de la plaza, no se sabe qué admirar más, si el lujo que encima llevaba la garrida moza, gracias á la generosidad del viejo, ó si el despego é indiferencia con que dejó á su espalda la mezquina casa en que vino al mundo, presenció la agonía de sus padres y gustó los primeros agasajos que le ofrecieron los mozos del lugar cuando se percataron de las hermosas prendas que la adornaban.

Razón tuvo una vieja, que al verla pasar tan desdeñosa y desagradecida con sus vecinas, gritó con vocecilla agria y destemplada: «*Miala... Tan guapa es como descastá, la indina.*»

Después de todo, ¿qué razón había para que Ramona sintiese abandonar la casa miserable en que había vivido? ¿Era acaso un palacio? ¿Merecían más que un saludo frío y despreciativo sus vecinas, propietarias y habitantes de chozas no menos miserables que la suya? ¿Que hasta los animales sienten cariño hacia las paredes que los han albergado? Pues alguna diferencia había de haber para no ser del todo iguales el alma de Ramona y las de los perros y los gatos.

Dije más arriba que eran las ocho de la

mañana cuando Ramona salió de su casa con su manteo de vuelta bordado con terciopelos y abalorios, el dengue cuajado de lentejuelas, el pañuelo de tul sobre el empingorotado moño, el pecho cargado de collares de almendras, corazones de filigrana, galápagos de oro macizo, y ahora añadido, que pocos minutos después llegó al atrio de la iglesia, donde esperaba el novio, con su larga capa de repicoteada esclavina, su calzón de paño fino, su camisa de pechera calada, sujeta al cuello por un botón de oro de la forma y tamaño de una nuez, y sus zapatos con punteras de charol. Á uno y otro les acompañaba corto pero lucido cortejo de invitados.

Como boda de viudo, no se celebró la ceremonia con toda la pompa que hubieran deseado los asistentes al acto religioso, y ni el órgano se permitió sonar sus destempladas voces con los aires profanos que constituían el repertorio del sacristán, ni el sacerdote se atrevió á echar la plática que en otro caso hubiera sido de rigor. En cambio no faltaron las lágrimas y gimploteos de mozas y viejas cuando en el momento de la bendición quedaron encadenados por santa coyunda las almas de Ramona y Guriche, ni las bromas intencionadas de mozos y viejos cuando, cogidos de la mano los recientes esposos, salieron á la puerta de la iglesia.

Todos los vecinos acudieron á las afueras del pueblo para ver desfilar la caravana que constituían los invitados cuando emprendieron la caminata en dirección á la alquería. El tío Guriche, montado en su yegua, llevaba á las ancas á Ramona, que sentada á mujeriegas, dejaba al descubierto parte de la pantorrilla cubierta con media blanca. Los demás, unos á caballo, otros en burros y algunos á pie, entraron en la vereda pedregosa á cuyo término les esperaba la alquería, cuya fachada de

piedra, que con su puerta de dintel de medio punto, su ancha solana de balaustrada de madera, sus dos grandes ventanas tocando casi con el volado alero del tejado, parecía enorme careta asombrada y risueña ante la alegre turba que se le acercaba. A recibir la comitiva acudieron los criados y criadas de la casa de labor, para lo cual tuvieron que suspender la ardua tarea, empezada el día anterior, de preparar el banquete nupcial, con el que á falta de otros esparcimientos vedados por los lutos recientes de los novios, quería el tío Guriche mostrar todó el rumbo de que era capaz un charro como él.

Los primeros en llegar á la alquería fueron los novios. Apenas paró la yegua frente á la puerta, el tío Guriche, volviendo hacia Ramona el cuerpo y la cabeza, dijo:

—De *too* lo que hay detrás de esa pared eres tú el ama—. Lo cual oído por Ramona, saltó ágilmente sobre el empedrado de chinarrros que en ancha faja se extendía delante la casa, y sin decir esta boca es mía se metió portal adentro, y en señal sin duda de posesión, precedida y seguida de las mozas de la alquería, anduvo toda la casa, recorrió sus habitaciones, visitó sus dependencias, quedando desde aquel mismo instante dueña y señora de la casa de labor.

¿Existía punto de comparación entre la abundancia que reinaba en la alquería y la ruindad y pobreza de la casa de Ramona? Sin duda que la mirada penetrante de la hija del tío Antonio notó bien pronto la diferencia que había entre una y otra, y fácilmente comprendió que la realidad había sido más pródiga que su imaginación al ponerle al alcance de su mano mucho más de lo que había soñado.

Pero con ser tantas y tan grandes estas diferencias y debiendo ser tan inmensa la satisfacción que le produjera la reali-

zación de sus ambiciones, ni con un gesto ni con una palabra dió á conocer sus íntimos sentimientos, ni aun siquiera el del agradecimiento hacia el buen viejo que le proporcionaba tan cómodo bienestar. Cierto es también que el tío Guriche no fué más elocuente que su mujer para demostrar el amor que por ella sentía y que le empujó á realizar la locura de unir sus sesenta inviernos mal llevados con los veinte floridos abriles de la linda moza.

Al dar la una de la tarde en el reloj de pesas que encerrado en alta y estrecha caja de caoba adornaba la antecámara nupcial, se sentaron á la mesa puesta en el portal de la casa las personas graves que formaron parte del cortejo que asistió á la ceremonia religiosa. Entre ellas estaba el párroco que bendijo la unión; la hermana de Guriche, anciana seca, arrugada y sin dientes, que había hecho andar á su borrica aquella mañana las cuatro leguas que distaba su pueblo de la dehesa, y se las haría desandar á la noche solo por el gusto de asistir al banquete de la boda de su hermano; el médico de Negrilla, graciosamente ataviado con un chaquet de faldones de ala de pichón; el administrador de la Golosa, acicalado y pulero madrileño, lanzado por su corto entendimiento y sesera vacía á una capital de provincia de tercer orden; la hija del administrador, señorita enclenque y remilgada; la maestra de un lugar vecino, jorobadita y cabezota, pero excesivamente alegre, maliciosa y vivaracha; tres charros viejos, cachazudos y socarrones contemporáneos del novio; la obligada amiga de la novia, corpulenta como un astial y tozuda como mulo de artillería, y por último, los héroes de la fiesta, ó sean el tío Guriche y Ramona.

Repartidos por el ancho y espacioso portal se acomodaron los demás invita-

dos, gente moza en su mayoría, los cuales utilizaron como mesas los asientos de las tajuelas, las tapas de los arcones que guardaban el pienso para el ganado, y hasta el santo suelo; se agruparon alrededor de los improvisados comedores, dispuestos á servirse cada grupo de una sola cazuela, metiendo en ella, por riguroso turno, las cucharas ó las puntas de las navajas, y llevando los alimentos hasta las respectivas bocas, protegiendo el gotear de las salsas con enormes rescaños de pan bien metido en harina.

Ya habían dado fin á la sopa de fideos, espesa como engrudo; las fuentes rebosantes de garbanzos, gordos como avellanas y suaves como manteca, volvieron á la cocina, exhaustas de condimento; las heterogéneas tajadas del cocido, aderezado con media vaca, seis gallinas, tres juegos de cerdo, con sus correspondientes rabos y orejas, un jamón, tres atadas de chorizos del cagalar, otras tantas ristras de morcillas picantes, una hoja de tocino y otras menudencias no menos substanciosas, ocupaban los lugares oportunos de los respectivos estómagos de los comensales, quienes hasta aquel momento no habían dado fin más que á un cántaro de vino. Puede afirmarse que aún no habían empezado á comer y que los componentes de la clásica olla podrida no eran sino aperitivos y estimulantes sin peso ni substancia. Realmente, el banquete dió comienzo con el desfile de los otros guisos y manjares, á los que para disipar toda idea de fin de la comida, daban el nombre de principios.

—Perdices como las del monte de la Golosa, no las cata ni el rey en su palacio— afirmaba sentenciosamente el tío Guriche, frente á una cazuela enorme, en la que se amontonaban los cadáveres de una bandada de tan sabrosos volátiles, cubiertos de un mar de salsa oscura y humeante.

—Venga acá, esa paloma —suplicaba místicamente el párroco empuñando la blanca jarra rebosante de vino puro sin gota de agua que le quitase fuerza, ni de substancias químicas que desvirtuasen el aroma.

—Beba, beba, padre —chillaba la maestra—, que mosto como el de Negrilla no lo dan viñas en el mundo.

—Eso, son tencas —explicaba la hermana de Guriche al administrador, que miraba absorto aquellos peces grandes como besugos, de piel grasienta, que parecían estar todavía en la charca en que se criaron; tal era la magnitud de la fuente en que reposaban y el color verdoso que la abundancia de hojas de perejil y laurel daban al vinagre y al aceite con que estaban escabechadas.

Ante los pollos con tomate que luego presentaron, gritaba un mozo al tiempo que aflojaba las correillas con que sujetaba la pretina del calzón:

—Ramona, muérete pronto *pa* que el tío Guriche se case *desotra* vez, que *comías* como esta son *contás*.

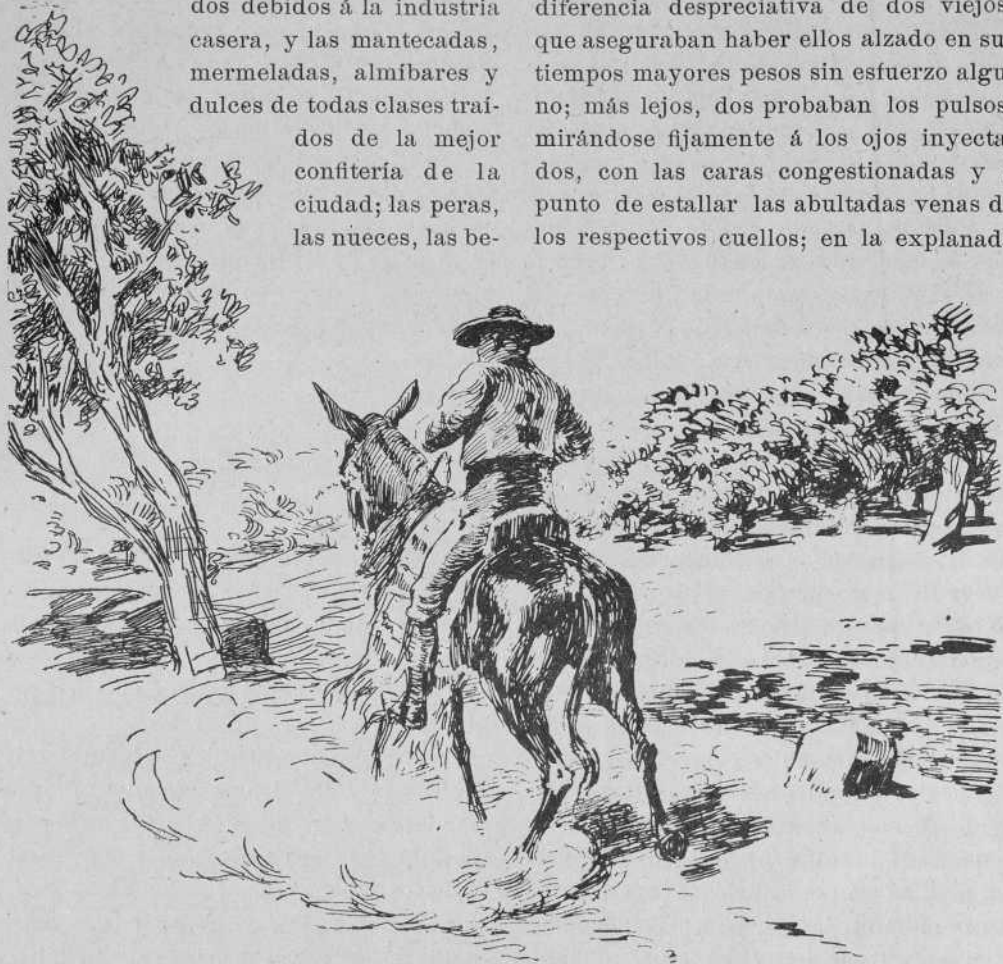
A lo que uno de los charros cachazudos, que no hacían más que comer como Heliogábalos, apuntó con reposado hablar:

—Di que no, galana, que más vale dar una vuelta á la cazuela que á la *hoya*.

¿Para qué cansar al lector con la enumeración detallada de los manjares que salieron de la cocina para no volver jamás á ella? Baste decir que no faltaron las chuletas, los hígados y los riñones de la ternera sacrificada el día anterior con destino á la comida, ni las liebres, conejos y pichones muertos por los guardas de la dehesa para festejar á los novios; que se hicieron los debidos honores al arroz con leche, frutas de sartén, natillas, flanes, tortilla de leche y demás golosinas que confeccionaron las manos habilidosas de

cierta tía Gervasia, insustituible repostera de toda cocina charruna en día de comilona; que abundaron los quesos variados debidos á la industria casera, y las mantecadas, mermeladas, almibares y dulces de todas clases traídos de la mejor confitería de la ciudad; las peras, las nueces, las be-

sas de quienes admiraban tan peregrina habilidad; allí, otro alzaba con una sola mano un saco de tres fanegas ante la indiferencia despreciativa de dos viejos, que aseguraban haber ellos alzado en sus tiempos mayores pesos sin esfuerzo alguno; más lejos, dos probaban los pulsos, mirándose fijamente á los ojos inyectados, con las caras congestionadas y á punto de estallar las abultadas venas de los respectivos cuellos; en la explanada



llotas, las castañas, cuyas cáscaras y mondajas sirvieron á los comensales de proyectiles durante la comida, desaparecieron también tras de sus insaciables bocas para mezclarse y confundirse con los demás alimentos en los resistentes estómagos que, satisfechos con tan abundante lastre, daban alegría á los rostros, ingenio á las lenguas y fuerza á los músculos para hacer y decir todo género de barbaridades. Aquí uno relinchaba *mismamente* como si fuese un caballo, causando las ri-

de delante de la alquería, otro vencía con vigoroso empuje la resistencia acumulada de unas cuantas mozas, apoyándose, para lograr su intento, en los lugares

más tiernos y delicados de los cuerpos de las vencidas.

Entre unas cosas y otras la noche se echó encima y con ella la hora de que se marchasen los invitados, no sin que alguno, antes de ponerse en camino, hiciese los debidos honores á la cena. La gente moza retrasó cuanto pudo el momento de dejar la alquería, con el propósito de poner en ejecución las tradicionales bromas que turban la tranquilidad de los novios la noche de bodas; pero la gente grave hizo comprender á los jóvenes que ni los años ni la seriedad del tío Guriche permitían tan inocentes travesuras.

Poco á poco fueron desfilando los invitados: los charros contemporáneos de Guriche partieron montados en sus respectivos caballejós; el médico y el cura de Negrilla se marcharon á pie; la maestra y la hermana del novio, en compañía de algunos mozos y mozas, emprendieron la caminata en sendos burros de uno y otro sexo, entonando canciones charrunas graciosamente rematadas con estridentes rejegos; el administrador y su hija, abotagados como sanguijuelas hartizas, cayeron en el interior del coche, cuyas mulas, adornadas con cascabeles y campanillas, emprendieron la vuelta á la ciudad; los mozos, guardas y servidores de la dehesa, después de cumplidos los deberes de sus cargos, se retiraron á sus tenadas y cobertizos.

A las once de la noche la casa quedó muda y silenciosa en medio del campo. El disco plateado de la luna brillaba en el fondo de un cielo purísimo, bañando con sus poéticos rayos la techumbre, la fachada y cerca de la alquería, cuyas sombras se proyectaban sobre la ancha faja empedrada que se extendió alrededor de ella é iluminando con fantástica claridad las pardas tierras y la lidera del monte, eu-

yas encinas, desparramadas por él, parecían gigantes que erguían sus enormes cabezotas para escuchar inmóviles los ladridos lejanos de los perros de ganado, los chillidos de las aves nocturnas y el leve murmullo de la brisa al mover las recias hojas de las ramas.

En la oculta cámara nupcial de la alquería, el tío Guriche desceñía con trémula mano el cinturón de la virgen que conocen mis lectores, quien entre coces y respingos hacía á su esposo el preciado regalo de sus gracias todas.

III



AL pintó el matrimonio al tío Guriche. Quien le conociera antes de la boda y le viera á los seis meses de vida conyugal, creería que el peso de cinco lustros más le agobiaba.

No era sólo que los ojos se le hubieran achicado y hundido cuencas adentro, que las ojeras amoratadas le surcasen el rostro desde los lagrimales hasta la comisura de los labios, que el color de la cara, entre verde y terroso, tirase más á terroso que á verde, y que la espalda se le hubiese encorvado tanto como enflaquecido las piernas, sino que además las manos le temblaban como perlático, la baba se le caía hilo á hilo, igual que á niño en la dentición, y la lengua, que siempre la tuvo clara y expedita, se le trababa con tanta frecuencia como los pensamientos, y los recuerdos se le trastrocaban y confundían.

El médico de Negrilla, por más vueltas que le daba al magín, no tropezaba con el origen y naturaleza del mal de su cliente, y menos con el remedio que le devolviese la salud. ¿Cómo podría consumirse sin

calentura un hombre como el montaraz, que siempre fué duro como un roble? ¿No comía razonablemente? ¿No bebía como Dios manda beber á los charros de la Armuña? ¿No cumplía con todos los demás deberes que le imponía su reciente estado?

Si el mal del tío Guriche, pensaba el Sangredo rural, fuese una congestión, una pulmonía ó un cólico cerrado, allí estaba él, que haría cuanto la ciencia manda en tales casos y aun un poco más para enviar al otro barrio al paciente con todas las reglas del arte; pero aquella maldita dolencia del montaraz no estaba para sus alcances un poco trasnochados, siendo lo peor que no pudiera refrescarlos con más textos que con los tomos del Diccionario Geográfico de Madoz, únicos libros que constituían su biblioteca. Convencido, pues, de que su ciencia era impotente ante la traicionera enfermedad que asesinaba al tío Guariche, depuso todo orgullo profesional y aconsejó al cliente que consultase en la ciudad con cierto doctor cuyo nombre rodaba por toda la provincia llevado en alas de la fama.

Muy malo se consideró el montaraz cuando oyó de labios del titular de Negrilla el prudente y desinteresado consejo á que antes me he referido y que sonó en los oídos del enfermo á sentencia de desahucio. Pensaba él que mientras el mal que padecía no tuviese nombre, no se permitiría hacer otra cosa que mortificarle con achaques, pero que en cuanto se le desenmascarase y conociese, perdido todo rubor y timidez llamaría en su auxilio á la muerte para entre ambos darle la puntilla.

Atemorizado con esta creencia, retrataba cuanto podía el momento de emprender el camino de la ciudad en busca del sabio doctor á quien se imaginaba, llevando la muerte en la punta de su pe-

netrante mirada. Convencido al fin que de todas maneras la vida se le marchaba al galope, decidió aprovechar la época en que debía entregar la renta al administrador para ir en compañía de su mujer á celebrar la temida entrevista con el médico salmantino.

Una mañana del mes de Septiembre, muy de madrugada, después de arreglar convenientemente una carreta, colocando en ella un colchón doblado para que sirviese de diván, y tendiendo sobre el techo de cañizo á modo de un toldo la colcha más vistosa de cuantas guardaba Ramona en los arcones, subieron en la *carroza* marido y mujer, y al lento andar de los bueyes que la arrastraban tomaron el camino de la ciudad.

Lástima inspiraba el montaraz á cuantos le veían tendido en el improvisado diván y miraban su cara desencajada y su aspecto taciturno. Ramona, en cambio, daba gloria verla rebosante de vida y juventud. Ya conocen los lectores á nuestra protagonista y nada he de añadir para encarecer de nuevo su belleza, sino que el matrimonio y la buena vida la habían inflado los carrillos, encendido el color del rostro y trocado la delicada belleza de su doncelez por las amplitudes, protuberancias y desarrollo de una charra rolliza.

A las once de la mañana, después de un viaje lento, pero acompañado de todo género de incomodidades, paró el carro ante la plateresca fachada del palacio que en otro tiempo fué residencia de empingorotados duques y en la actualidad vivienda del administrador de la Golosa. Allí estaban los demás carros con la renta, y mientras los mozos descargaban y vaciaban los sacos de trigo en la panera, los montaraces *se alargaron* á la casa del médico.

Las piernas le temblaban al tío Guriche al entrar en el sombrío portal del caserón

en que tenía la consulta el doctor; frío de muerte sintió al ver que se abría la puerta frente á la cual comenzaba la escalera de piedra que conducía al gabinete de las consultas; agonías de condenado experimentó durante el tiempo que esperaron en el salón adornado con cuadros y figuras alusivas á la profesión del dueño de la casa. Era éste, hombre como de cuarenta años, con cara de mal genio, voz agria y destemplada y brusco por sistema.

Ni ánimos para hablar conservaba el tío Guriche cuando entró en el despacho el doctor; por ello Ramona se vió en la necesidad de enumerar en estilo pintoresco los síntomas y molestias que presentaba la enfermedad de su marido. No bien concluyó la mujer su discurso, el médico examinó detenidamente al enfermo y después que hubo realizado esta operación, encarándose con la montaraza, preguntó en tono brusco:

—¿Eres tú la mujer de este viejo?

—*Pa servir á Dios y á usted* —contestó la interpelada.

—Por Santa Teresa hará un año que nos *casemos* —añadió el tío Guriche con voz apenas perceptible.

—Pues esa es toda la enfermedad que usted tiene —afirmó el galeno con entonación que no dejaba lugar á réplica.

El tío Guriche le miró, abriendo desmesuradamente los ojos, mientras Ramona bajaba los suyos y se recogía la punta del delantal.

El médico continuó con su voz brusca:

—¿Quiere usted vivir, abuelo?

—Sí, señor médico —balbuceó Guriche.

—Pues oiga bien lo que digo: para conservar el pellejo, hacer vida de viejo. —Y volviéndose á Ramona, añadió: —Y tú, muchacha, si quieres tener marido, hazte cuenta que no lo tienes... ¿Me has entendido?

—Sí, señor.

—Bueno; pues ya están despachados.

—¿Nada más? —apuntó tímidamente el anciano.

—Sí, hombre, sí. La consulta: un duro.

—Digo, si no me receta alguna cosa de la botica.

—No es en la botica donde despachan la medicina que á usted le hace falta. Chuletas, buenos cuartillos de leche y...

—*Entendió, entendió* —murmuró el paciente con resignación.

—Si hacen ustedes otra cosa, no se acuerden de venir á verme, sino de avisar al enterrador.

—*Entendió, entendió* —repetía Guriche, al mismo tiempo que, ayudado de su mujer, sacaba de entre la faja un bolsillo de punto de media, azul, encarnado y verde, y de él un duro, que puso sobre la mesa del despacho...

Poco después Ramona y su marido, sin dirigirse la palabra, cabizbajos y pensativos, bajaron la escalera y cruzaron el zaguán de la casa del médico, recorrieron las calles céntricas de la ciudad hasta llegar á la posada, en cuya puerta esperaba el carro, que como los había traído hasta la capital, los volvería de nuevo á la alquería.

Desde que el tío Guriche oyó la palabra del médico, la idea de la muerte, que hasta entonces había caído en su espíritu como una sombra de pájaro de mal agüero que revolotease en regiones lejanas, surgió negra, imponente, terrible, con todo el horror que se presenta en las almas rudas de los campesinos. Ante ella desaparecieron sus amores, sus deseos, quedando en su corazón solo un sentimiento: el ansia de vivir.

El carro ya había salido de los muros de la ciudad; las tierras que aún conservaban las pajizas cañas de las espigas



segadas, prolongaban á un lado y otro del camino los surcos que trazó el arado; la carretera, como cinta amarillenta se estrechaba y confundía en el límite del horizonte; la luz del sol, filtrándose por los espesos y oscuros nubarrones de una tarde tempestuosa, doraba las cúpulas y las torres y los tejados de la ciudad; un vaho de olor ácido y fuerte brotaba de la tierra, reseca durante el estío, al recibir las grue-

sas gotas del primer nublado del otoño; el viento huracanado agitaba los flecos de estambres multicolores que adornaban el toldo. El tío Guriche sentía que todas y cada una de las sensaciones que sus nervios percibían eran cadenas que sujetaban su voluntad para amarrarle á la vida, y se estremeció al pensar en la honda sepultura abierta en el cementerio de Negrilla, mezquino corral solitario y pe-

dregoso, y en la capilla de la iglesia donde reposaban los muertos mientras se celebraba la misa de difuntos, y en todos los demás cuadros macabros que acompañan á la muerte, y de los cuales hago gracia al lector por tenerlos por escasamente divertidos y no de sobra amenos.

También Ramona iba cavilosa. Todas las ilusiones que su habilidad había convertido en realidades, pendían de la vida de su marido... ¿Quedaría ella de montaraza el día que Guriche diera las boqueadas? ¿Ocurriría pronto el temido suceso? Por pronto que fuese, ya haría ella por que no la cogiera desprevenida. Claro es que estos razonamientos se apoyaban sobre la base de que Guriche no fuese exacto cumplidor de las prescripciones facultativas.

Por eso en el enrevesado discurrir de su cerebro bullían mil proyectos, más que para apartar del peligro á su esposo, para apropiarse la piel de gato en que él guardaba los ahorros y quedarse con lo mejor y más lucido de la hacienda que encerraba la alquería, impidiendo la codiciosa intervención de las hermanas y sobrinos de Guriche.

Tras del carro que conducía á los montaraces, marchaban los que por la mañana habían llevado la renta al administrador. Guiando el primero de éstos iba Anastasio, uno de los mozos de la alquería, llevando la ajjada al hombro, volviéndose de cuando en cuando para aguijonear á los bueyes, y continuando después delante de ellos canturreando una canción monótona de puro sabor local.

Mozo más bruto que Anastasio no lo había, qué digo en la Armuña, en todo el campo de Salamanca. Su aspecto tenía la rara cualidad de no engañar á quien por primera vez se lo echase á la cara. El pelo negro y encrespado nacía junto á las cejas; éstas, que eran tan negras y pobla-

das como el pelo, se juntaban sobre la nariz chata; los pómulos juanetudos y los carrillos gordos y coloradotes le achicaban la boca dándole apariencias de morro ó jeta de animal dañino. El tal sujeto estaba mejor conformado de cuerpo que de cara, y movía con cierta gracia no exenta de gallardía, las membrudas piernas, y aunque manejaba torpemente los vigorosos brazos, lo hacía con el donaire que da la salud encerrada en el atlético cuerpo; pero con todo ello, el talle y rostro se completaban para indicar la falta de espíritu y sobra de materia de que era poseedor el bueno de Anastasio.

Como antes he indicado, marchaba el mozo inmediatamente detrás del carro de los montaraces, en cuya trasera iba sentada Ramona.

Anastasio que, como todo bruto, era malicioso, le dió por mirar el ancho pie de la montaraza, calzado con tosco zapato de orejera, y para mejor gozar del espectáculo que la casualidad pudiera ofrecerle, se acercó cuanto pudo á la carreta en el momento que á un brusco movimiento de Ramona, para cambiar de postura, descubrió á los ojos de Anastasio no sólo la robusta pantorrilla, sino la terminación de ella y aun un poco más, libre de todo velo. Ocioso es decir que Anastasio miró y remiró con singular deleite la media azul que ceñía la pierna, la liga de colores vivos que apretaba la corva y las que á él debieron parecerle *rosadas tintas sobre la nieve*, que se perdían entre los pliegues multicolores de las sayas, refajos y manteos. Bastante fué lo visto para perturbar la plácida tranquilidad de los nervios del mozo, el cual desde aquel momento sintió estremecimientos y palpitations de burro en celo que le hicieron olvidar bueyes y cantares para no hacer otra cosa que mirar y remirar los altibajos de la montaraza.

Varias veces estuvo á punto de trabar conversación con Ramona; pero temiendo descubrir sus deseos irrespetuosos y espantar la caza que habían realizado sus ojos, se conformó con seguir cerca del carro como hubiera hecho cualquier perro encaprichado tras de la hembra de sus amores.

Al ponerse el sol llegaron á la alquería. El tío Guriche, cansado de las emociones del día, se fué á la cama; Ramona, después de arreglar los avíos para el día siguiente *se retiró á sus habitaciones*; Anastasio devoró la cazuela de patatas con tocino que constituían su cena y se tumbó en el escaño del portal que le servía de lecho. Durante algún tiempo y antes que sus ronquidos hiciesen temblar la casa, estuvo viendo la figura rolliza de su ama y envidiando al mismo tiempo la suerte del tío Guriche, á quien se figuraba en los brazos de su esposa.

En tanto, el tío Guriche, tendido en la cama, inmóvil, con los ojos muy abiertos y cruzados los dedos sarmentosos sobre el hundido pecho, veía la escena de la consulta con el médico de la ciudad y recordaba los más mínimos detalles de la entrevista para asirse á una leve esperanza de vida ó caer en un pesimismo azorante de muerte, sentía escalofríos de terror cuando el recuerdo le ponía ante los ojos la posibilidad de morir, y hacia votos y ofrecimientos de cumplir punto por punto la prescripción facultativa, cosa á la verdad no muy difícil, dada la extenuación de sus miembros, la consunción de sus fuerzas y la falta de alientos agotados entre sudores y fatigas en el año de luna de miel que corría.

Ramona, á su lado, con los brazos gruesos y rollizos tras la nuca, sobre la que caían los retorcidos de su mata de pelo, fingía dormir oyendo en su cerebro el rodar de mil ideas y sentimientos, razones

y proyectos que traía aparejados la situación que crearía para ella la muerte del tío Guriche.

Cierto que era ella la montaraza de la Golosa, pero si el tío Guriche hincaba el pico, adiós comodidades y majezas adquiridas en su matrimonio; adiós orgullos satisfechos ante sus convecinas, de quienes era hoy agasajada y adulada; adiós satisfacciones del mando, ejercido sobre guardas, mozos y criados de la dehesa; adiós vanidades gustadas cuando los señores de la ciudad acudían á sus cacerías, de quienes era ella el centro de los requiebros y el objeto de las atenciones. Todo se lo llevaría al cementerio el tío Guriche y ella vuelta á su pobreza, vuelta á empezar la vida de la servidumbre; pero más que la perspectiva de su miseria, lo que la producía escalofríos de desesperación era la vergüenza de su caída y de su destronamiento.

—¡Si yo puedo arreglar las cosas!... —decía Ramona interiormente, y al formular este deseo se hubiere podido apreciar la escasa importancia que daba á la vida del tío Guriche una vez asegurado el porvenir, cuyo presente pendía de los alientos vitales del pobre viejo, que seco y extenuado bajo la losa de plomo de su terror, descansaba inmóvil sobre los mullidos colchones del ancho lecho conyugal.

¿Y si se muriera antes que el arcón en que guardaba las onzas, las ropas y galas pasasen á su poder y que arreglase y asegurase con firmas y recibos que la montaracía no pasara á otras manos que las de su viuda, y que sus hermanos y parientes se llevasen los carros, los bueyes, los caballos y la hacienda toda de Guriche?... ¡Dios!... Y la montaraza fruncía el entrecejo, hincaba sus dedos toscos, de uñas chatas, en la mata de su pelo, y el despecho, el miedo á las humillaciones que pudieran producirla, la

perspectiva de la pobreza, el destierro de la felicidad que disfrutaba, la apretaban el pecho, la anudaban la garganta, humedecían de lágrimas amargas sus ojos y atronaban sus oídos, á los cuales llegaba, de vez en cuando, el acompasado y fuerte ronquido de Anastasio, único ruido humano que interrumpía el silencio nocturno de la casa.

—¡Ella lo arreglaría todo! —pensaba, y la tranquilidad volvía momentáneamente á su espíritu para imaginar planes que quedaban sin concluir ante la aparición de otros que luego desechara por ser de difícil realización ó imposibles de llevar á la práctica. Unas veces quería armarse de habilidad para conducir al viejo á que le hiciera entrega de todas sus riquezas, y otras se apercebía de energía y brutalidad para obligarle á la fuerza á que firmase papeles y recibos que la aseguraran la propiedad de los bienes.

El ronquido grave de Anastasio, como resoplido de máquina potente, interrumpía de vez en cuando los pensamientos de la montaraza, cortando en algunos de ellos el hilo de su proyecto, ó truncando las columnas sobre las que imaginaba fundar el más eficaz artificio para el logro de sus pensamientos.

Quizá debido á una de estas interrupciones, la imaginación, excitada por el insomnio, le puso ante la vista la figura atlética de Anastasio, y si la imagen fué pronto empujada y sustituida por otros pensamientos, volvió de nuevo en otras posturas y actitudes, si bien dominaba sobre ellas la que el mozo tenía aquella tarde cuando marchaba en pos del carro que condujo al tío Guriche y á la montaraza de la ciudad á la alquería.

Ni más ni menos el esmirriado y caduco cuerpo del tío Guriche, que cual manojo de sarmientos yacía á su lado inmóvil, con respiración fatigosa, frío de in-

vierno en sus arrugados pellejos amarillentos y vidriado mirar en sus ojos mortecinos, que el cuerpo robusto de Anastasio, de gallardo andar, de alegre semblante y de ojos iluminados con el fuego que ardía en su pecho cuando fijaba su mirada con mal disimulada insistencia en sus gracias. Buenas gracias: si mal empleadas hasta entonces, inútiles del todo para en adelante, si quería conservar el cómodo pasar que el viejo le proporcionaba.

Después de apreciar el estado del alma de Ramona, en el cual quizá jugase tanto la psicología como la fisiología, no sorprenderá al lector que le diga que á la montaraza no le disgustaba que quedasen interrumpidos sus discursos graves sobre el porvenir, que deseaba arreglar á su gusto; con la presencia de la imagen del mozo de la alquería, y á veces hasta por voluntad, separaba los montones de ideas y planes que volaban bajo su abombada frente para poner en su lugar el rostro y talle de Anastasio, y añadiré, para no ocultar ni un átomo de verdad á las historias, que el ronquido del mozo, la proximidad de las habitaciones en que uno y otro reposaban, el recuerdo de las miradas de aquella tarde y otras mil circunstancias que sería prolijo enumerar, le ofrecían, para alivio de sus preocupaciones, motivos de satisfacción, estremecimientos agradables y dulces emociones, semejantes á las que el cazador con reclamo tiene en cuenta para esperar, seguro de que se pondrá á tiro cruel, despiadado y criminal, la perdiz sencilla, atraída por el canto del macho joven bien cuidado y alimentado.

Así pasaron aquella noche y pasaron algunas más, aunque no muchas, pues los acontecimientos que dan margen á esta novela se precipitaron para comodidad del que los narra, que no ha menester ni



mucho papel ni mucha tinta para dar fin y remate á su deseo de entretener á los lectores, si es que hay quien quiera leer hasta el final.

Fácil fué á la montaraza lograr de su marido la formalización de los asuntos para cuando él cerrase el ojo, porque el

egoísmo rudo del hombre del campo, agravado con su ancianidad y con la proximidad de la muerte, le sumía en una in-

diferencia total para lo que ocurriera cuando estuviera en el otro mundo, y fácilmente cedió á firmar cuando le proponía Ramona. Un documento toscamente escrito y no menos toscamente redactado, en que le daba tierras, aperos y ganado, pasó de las manos de Guriche á rozar con sus dobleces el apretado seno de la montaraza; una carta de enrevesados conceptos dirigida al administrador de la Golosa y contestada por éste satisfactoriamente, aseguraba la continuación de la montacía en Ramona, en premio á la honradez del viejo montaraz, y hábilmente sacadas de sus arcas y escondrijos las ropas y alhajas, que quedaron puestas á buen recaudo, aseguró á Ramona el porvenir y la volvió la tranquilidad un punto interrumpida, para pensar á sus anchas en Anastasio.

IV



¿QUE cómo ocurrió aquello? ¡Vaya usted á saber! Quizá una de las largas noches del invierno, mientras el tío Guriche dormitaba frente al hogar de la cocina, se encontrarían Ramona y Anastasio en el portal de la casa, y amparados por la obscuridad, entre empuiones, pellizcos y manotazos comenzaron el idilio que había de concluir trágicamente; tal vez alguna mañana, al coincidir ama y mozo en la cuadra para echar el uno pienso al ganado y la otra el salvado á los cerdos (dicho sea con perdón), trocaron el primer beso y el primer abrazo de su adulterio sobre el blando y tibio montón de estiércol de la cuadra... Lo cierto es que Anastasio, desde el día de su excursión á la ciudad, siempre que pensaba en la montaraza sentía

circular por sus venas la sangre convertida en plomo derretido. Y desde aquella misma fecha el recuerdo de Anastasio encendió llama amorosa en el cuerpo y en el alma de Ramona. ¡Y qué llama, cielo santo! Voraz incendio, cuyo fuego abrasaba el corazón y las entrañas de la hembra.

Cada día que pasaba, más dolorosos estremecimientos y reseca fiebre destruían los flacos escrúpulos que su conciencia conservaba sobre la fe conyugal, los deberes morales y la sanción religiosa. Cuando rasgado el tenue velo que separaba la voluntad y los deseos de los amantes, comenzaron sus dulces intimidades — *las horas de confianza y de delicias*, que dijo el poeta — fueron casi todas las del día y muchas de las de la noche, pues Ramona, en cuanto veía dormido á su esposo, se escurría furtivamente del blando lecho conyugal para ir en busca del duro escaño en que reposaban los miembros robustos del favorecido Anastasio.

Toda la gente de la alquería tenía pruebas del enredo de la montaraza con su criado. La noticia rodó por los corros del pueblo de Negrilla, llegando á otros lugares más lejanos, sirviendo de pasto á la murmuración de viejos y viejas, mozos y mozas de diez leguas á la redonda la desgraciada suerte del tío Guriche.

¿Qué hacía éste entretanto? Primero ignoró la infidelidad de su mujer, después barruntó sus devaneos, más tarde vió indicios que, con no ser pruebas de aquellas que no dejan lugar á dudas, fueron más que suficientes para llevar á su ánimo la convicción del engaño de que era objeto por parte de la traidora cónyuge y del desleal Anastasio.

No piense el lector que cuando tal convicción penetró en el debilitado cerebro del anciano surgieron en él ideas de muerte, ni propósitos de venganza, ni anhelos de castigo. Nada de eso. El tío Guriche

rumió filosóficamente su deshonra, y con tranquila resignación sufrió las consecuencias de las leyes de la naturaleza, que con lógica brutal y despiadada así le eliminaban y apartaban á un lado por su inutilidad para la vida. ¿Es raro que el pobre hombre que se encontraba en el término de los años de su existencia, cuando todo egoísmo tiene su justificación, adoptase la actitud pasiva y resignada, contenida en esta frase que su cerebro repetía sin cesar y que su rostro expresaba con amarga ironía: «Pa cuatro días que me quedan de vida, por qué tomarme desazones?»

De vez en cuando le animaba una secreta envidia por la felicidad que disfrutaban los amantes, sentimiento que producía leve cosquilleo en su corazón, el cual lograba calmar con la pueril satisfacción de crear inconvenientes y poner obstáculos á las entrevistas de su mujer con Anastasio; unas veces era reteniendo á su lado á Ramona cuando la veía impaciente por ir en busca del mozo, otras era obligando á éste que le acompañase al monte si se maliciaba que esperaban su ausencia para gozar á sus anchas de su traición; noches enteras pasaba en vela sujetando por el brazo á su mujer para evitar que ésta se deslizase de las tibias sábanas como tantas otras noches había hecho.

Tan extraordinaria habilidad llegó á adquirir el montaraz en este difícil juego, que rara vez podían los adúlteros comunicarse sus impresiones, y cuando esto sucedía era con la zozobra y el temor de ser interrumpidos por la presencia del esposo engañado. Contrariados por la persecución de que eran objeto, avivado su amor por los obstáculos con que tropezaban para verse, siempre que lo conseguían, más que en prodigarse mutuas caricias dedicaban los contados minutos de que disponían en desahogar sus pechos de la

ira de que estaban llenos contra el maldito viejo que contrariaba sus mutuos apetitos. Vez hubo que llegaron á hablar de la muerte del tío Guriche como única solución al problema de su deseo.

En honor á la verdad no fué en el torpe cerebro de Anastasio en el que brotó la idea de la muerte del montaraz. Tal pensamiento nació y se desarrolló en el cerebro de Ramona. Primero fué una esperanza remota, luego un deseo vehemente y por último idea definida y clara que se fijó bajo su frente abombada, llegando á dominar todas sus potencias y sentidos. Ella tenía bien arreglados sus asuntos, ¿qué le importaba que Guriche cerrase el ojo? La piel de gato en que su marido guardó las onzas y las monedas de cinco duros, la tenía en su poder; las ropas y alhajas que llenaron los arcones de la alquería ya estaban bien guardadas; la hacienda del montaraz, de ella sería...

Muchos meses confió en que el tiempo se encargaría de ejecutar su deseo; pero el tiempo, lejos de cumplir su voluntad, aunque no daba nueva vida al viejo, reponía sus fuerzas y daba algún vigor á sus extenuados miembros. Sesenta y tres años tenía ya Guriche, pero si seguía así, bien podía tirar tanto como otros viejos de Negrilla que pasaban de los ochenta y cinco. ¡Veintitrés años de espera! ¡Puede que más!...

Pero ella ¿no tenía á su alcance el medio de conducir al viejo dulcemente á la sepultura?... Su despecho llegó hasta la ira cuando comprendió que vivían en la memoria de su marido los consejos del doctor, y que era esclavo del terror que le produjeron sus amenazas.

—Si Anastasio quisiese...

¿Pensó alguna vez la montaraza en la expiación moral del delito que fermentaba en su alma? Confundidas y entremezcladas sus ideas, ¿creería que la impuni-

dad del crimen borraba todo remordimiento? Los turbios ojos de su conciencia, ¿no alcanzarían á ver más que el instrumento brutal del asesinato, quedando en la sombra la inteligencia que lo concibe y la voluntad que lo manda? La violencia de su pasión, ¿sería tal que destruyese toda idea moral en su inteligencia? Un refinamiento de maldad y cobardía del sexo, ¿tuvieron la inspiración de lanzar al amante hasta el asesinato para que sobre él cayesen las consecuencias de su realización?

¡Quién sabe! Todos estos pensamientos, ideas y sentimientos, entrelazados por mil juicios erróneos, alumbrados por la lógica brutal de la naturaleza, influidos por emanaciones del temperamento, adulterados por la ignorancia, dieron savia al proyecto que creció en la enrevesada conciencia de Ramona.

Y desde el punto y hora que este pensamiento cristalizó en su mente, Ramona, como inspirada por invisible musa, imaginó todas las artes, todos los juegos de una refinada insidia, para empujar á Anastasio á la realización del crimen que había concebido.

Una forma de timidez, una hipocresía de maldad, una doblez femenina le impedía formular con palabras crudas el proyecto á su amante; deseaba que el mozo cediese á su voluntad, cayese en el delito como si de él partiese la idea y la ejecución de la muerte del montaraz, pero quedándole la íntima satisfacción de haber sido ella la inspiradora del suceso.

Animada de ese deseo é iluminado su espíritu por la claridad que lleva al cerebro el resplandor de una idea fija, traducía en mil formas su pensamiento, sabiendo que tarde ó pronto prendería en el alma de su amante el fuego que le animaba y que él sería el instrumento que realizaría su idea.

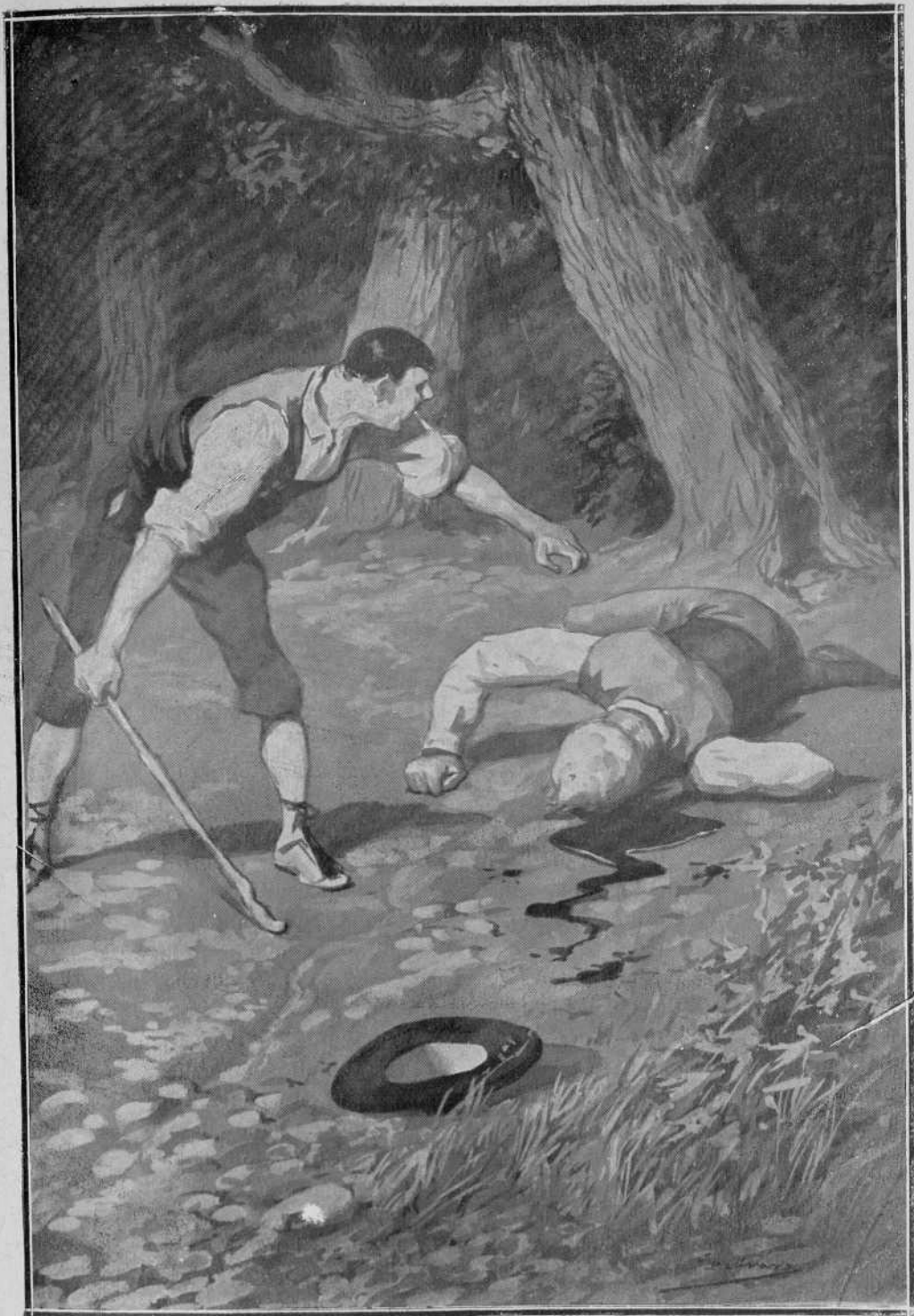
El espíritu torpe y la entumecida inteligencia de Anastasio eran materia propicia para ello. Fácilmente prendió en ellos el odio al viejo, haciéndole comprender que era un obstáculo para la satisfacción de sus apetitos.

Con estudiado artificio retrasaba días y noches las entrevistas amorosas, achacando á Guriche el motivo de tales retrasos; no faltaban estudiados desdenes á las exigencias del mancebo, haciendo entrever, para aumentar sus celos hacia el marido, que el ejercicio de los derechos de éste no daban ocasión á otro suceso de complacencias ilícitas; la tardía entrega de la voluntad en sus secretas intimidaciones las justificaba la hembra fingiéndose dolida por la cobardía y timidez que suponía en su amante frente al caduco marido. Con burlas unas veces, con llantos otras, con frialdades y fueros, insultos y caricias, logró preparar el alma de Anastasio con la cantidad de odio y antipatía suficientes para que entre ellos creciera y se alimentase la idea del crimen que habría de ejecutar.

Recuerdo, con este motivo, una de las varias escenas que se desarrollaron en casa del tío Guriche pocos días antes de su trágico fin, que puede dar idea aproximada de cómo la montaraza indujo paso á paso al bruto de Anastasio á hacer lo que hizo.

Corría ya la primavera de aquel año, pero el retrasado invierno aún dejaba caer la escarcha sobre los campos y helaba las casas y cobertizos, filtrándose el viento por rendijas y goteras.

Una de aquellas noches en que aún se agradecía el calor del hogar, dormitaba frente al de la cocina de la alquería el tío Guriche, sentado en ancho sillón de abiertos brazos y de asiento de paja. Las llamaradas de la leña ardiendo iluminaban la vasta cocina, dibujando con cari-



caturescas contorsiones la sombra del tío Guriche sobre las baldosas y en los enjalbegados muros, mientras él, con el cuerpo encorvado como al peso de la cabeza, envuelto en la anguarina y los pies en el rescoldo, dormía plácidamente.

A sus espaldas Anastasio acechaba, sentado sobre un arcón, el ir y venir de Ramona.

Yo aseguro al lector que toda la malicia de que fuera capaz una mujer amaestrada en las artes de enamorar, no haría cuanto la montaraza hizo aquella noche para encender en fuego amoroso á su amante. La mirada provocativa, la actitud insinuante, la caricia furtiva, todo cuanto el lector pueda imaginar y un poco más supo hacer aquella mujer de pueblo con la misma picaresca habilidad que la más empeatada coqueta de la más refinada civilización.

Anastasio, tras el sillón que ocupaba el marido burlado, veía, á través de una neblina espesa, pasar y repasar á Ramona, inspirándole y encendiéndole todos los deseos de su pasión: la tenía allí al alcance de sus manos; era suya; bastábale extender los brazos para poseerla una vez más, y sin embargo, la presencia del viejo le quitaba la acción, le sujetaba la voluntad con férreas ligaduras... Ramona comprendía la situación de su amante, y con refinamiento de crueldad se recreaba en que Anastasio viese en la presencia del anciano el obstáculo que se oponía á su capricho enardecido aun por la misma dificultad de realizarlo.

Largo rato duró esta situación, hasta que el mozo, al fin, se puso en pie y, olvidando todo respeto, se acercó á Ramona, la cogió por la cintura, y acercándola á sí, trató de llevarla hacia una de las habitaciones inmediatas á la cocina.

—¿Qué te pasa, chacho?... Estáte quieto —decía Ramona en voz baja, dejándose

llevar por los robustos brazos de Anastasio... — Que se va á despertar.

—Que despierte —murmuraba el mozo, estrujando al propio tiempo entre sus miembros el cuerpo de Ramona.

—Sí, mucho hablas —decía ésta, entre burlona y satisfecha—; si despertase, ya veríamos qué hacías. Puede que...

—¿Qué?... —

—Que le tienes miedo —añadió, acercándosele, Ramona, y empujándole con felinos temblores, para negar con hechos el valor de las palabras.

—¿Yo miedo?... Ya sabes que no.

—Pues si no le tuvieras miedo, ya estaría todo concluido.

—Ahora verás —dijo Anastasio, disponiéndose á entrar brutalmente en la cocina, donde seguía dormitando el viejo.

—No, ahora no... Otro día —dijo la montaraza sujetando á Anastasio.

—Siempre que otro día...

—Si te lo decía en broma, chacho; ya se morirá él solo.

—Ese tío no se va á morir nunca...

—¿Nos estorba para algo?

—A *toas* horas... *Mia* tú que si él no estuviere ahí *arregostao*... podíamos ser como marido y mujer...

—Anda, ya lo seremos...

—¿Cuándo será?... —

—Cuando tú quieras... No, ahora no —murmuraba Ramona—, que se va á despertar... Déjame... chacho, por Dios... Mañana...

Ni un punto faltaba para que la escena tuviera el desenlace que Anastasio deseaba y para él no dejaba de emplear medio apropiado, cuando Ramona, fingiendo que había miedo que Guriche estuviese despierto, logró separarse de Anastasio.

—No lo ves, ya se ha *despertao*... Que no *pué* ser... Si no fuere por él...

—Entonces, de aquí á Enero te espero.

—Que no *pué* ser, hombre.

—Cuando se quede *dormio*, vente.

—Sí, sí, con lo que ha *estao adormilao* á la lumbre, en seguida me va á dejar libre... Mañana haré un cacho de tiempo.

—Si á la madrugada me tengo que ir á la ciudad á llevarle ese encargo al administrador —murmuró, despechado, Anastasio.

—Pues *desotro* —dijo Ramona entre burlas y veras.

—¿Y dices que no nos estorba?...

—Poco se conoce que te estorba tanto siempre estás con lo mismo, y nunca haces nada.

—Ahora mismo, si tú quieres.

—No, en casa, no.

—¿Por qué?

—¿No se *pué* hacer sin que nadie se entere?

—Pues por estas te juro que lo haré...

La inteligencia de Anastasio era incapaz de formular un razonamiento, y su voluntad inútil para realizar una volición que no brotase del instinto. La palabra de la montaraza penetró en el entumecido espíritu de su amante, abrió en él sombrías brechas, é iluminó con cárdenas luces las nebulosidades de su cerebro. Anastasio escuchó la voz de Ramona y la obedeció sin calcular las consecuencias de sus actos. Torpemente veía un obstáculo que se oponía á su deseo y que este obstáculo podía desaparecer. ¿Cómo? Bien sencillo era el procedimiento, según Ramona..., y en su mano estaba el realizarlo. Valor á él no le faltaba; temores, no los sentía. ¿Después?... No viéndolo nadie, ¿quién pensaría que fuese él?...

Conversaban una tarde, á la hora del crepúsculo, el tío Guriche y el médico, sentados en el poyo de la puerta de la alquería y dentro, en la alcoba, hablaban en voz baja Ramona y Anastasio. Ella, con los ojos inyectados y los labios tembloro-

sos, pronunciaba palabras entrecortadas cerca del oído de su amante. Él, inmóvil con la cabeza inclinada y la mirada fija en el suelo, escuchaba la voz de Ramona. ¿Por qué los ofrecimientos de Anastasio no se realizaban? Pasaban días y días, y Ramona, impaciente, esperaba en vano que su deseo se cumpliera.

Sí, Anastasio tenía miedo, era un cobarde, y sólo llegaría á realizar el crimen si ella le llevaba de la mano á cometerlo.

—Ya lo sabes —le dijo la montaraza—; si no lo haces esta tarde, *pa* mí has concluído. Y la montaraza salió de la alcoba, y con aparente indiferencia pasó cerca del montaraz y del médico en dirección á los corrales, con el pretexto de vigilar las operaciones de recoger las gallinas y guardar el ganado. Anastasio quedó unos momentos solo, en la misma actitud que antes lo hemos visto; se rascó la cabeza después, y como somnábulo que obedece á una sola idea, empujó la puerta que daba al corral de la alquería, rodeó las tapias de los graneros, atrochó por el garbanzal que se extendía por detrás de la casa, y fué á salir, ya lejos, á la vereda de Negrilla.

De noche era ya cuando el médico se despedía de la montaraza para volver al pueblo. Guriche, aprovechando la serenidad de la noche, que era una de las claras y calurosas del verano, le acompañó gran trecho por la vereda. Al cuarto de hora se encontraron con Anastasio, que, al parecer, se dirigía á la casa. Cuando se juntaron los tres, el médico se despidió de amo y mozo, y se alejó en dirección al pueblo. Guriche y Anastasio emprendieron el camino de la alquería. Guriche marchaba un poco delante, apoyado en la alta cayada que le servía de báculo y de bastón, mientras que Anastasio retrasaba el paso. Al llegar á un recodo de la vereda, sobre el cual se proyectaba la sombra

de una encina, ocurrió algo espantoso. Anastasio alzó el destreal que llevaba en la mano y lo descargó con toda su fuerza sobre la cabeza del tío Guriche. Este cayó al suelo de bruces, sin proferir un grito, sin lanzar una queja. Anastasio repitió nuevos golpes sobre el destrozado cráneo del anciano, después arrojó lejos de sí el destreal, y corriendo como si alguien le siguiera, llegó á la alquería. Ramona esperaba en la puerta.

—¿Viene? —preguntó á Anastasio.

—Ahí ha quedado —contestó éste.

Poco después el portón de la alquería se cerró, oyéndose correr cerrojos, llaves y trancas.

Los amantes, sin dirigirse la palabra, entraron en la alcoba de Ramona, y pasados unos instantes sus cuerpos temblorosos se juntaban bajo las sábanas. Era la primera noche que yacían en el mismo lecho después de sus largas relaciones.

No había pasado media hora cuando Anastasio se incorporó en la cama con nervioso movimiento.

—¿Has oído? —dijo.

—¿Qué? —preguntó Ramona.

—¡Han *llamao!*...

Ramona se sentó como movida por una corriente eléctrica...

Largo rato estuvieron en esta posición, inmóviles, conteniendo la respiración y los oídos atentos.

La alquería dormía el primer sueño de la noche en medio del silencio del campo.

Tranquilos, al parecer, se echaron de nuevo en la cama.

Esta vez fué Ramona la que, zarandeando el cuerpo de Anastasio, le gritó al oído:

—Chacho, despierta...

Anastasio velaba, con los ojos desmesuradamente abiertos en la obscuridad.

—Ahora sí que llaman —balbuceó agarrado por el terror.

Entonces se oía el golpear de las patas de la yegua sobre el piso de la cuadra.

En la alcoba sonaban los latidos de los corazones de los amantes... Las patadas de la yegua cesaron...

—Era la yegua —murmuró Anastasio pasado un cuarto de hora.

Volvieron á quedar silenciosos. Ni uno ni otro dormían. Ambos tenían clavada en el pensamiento la imagen del tío Guriche.

A la mañana, cuando la luz del alba penetró por las rendijas de las maderas destacando en la sombra los bultos de los objetos de la habitación y empezaron á oírse el canto de los gallos y los mil ruidos campesinos del despertar de la alquería, Ramona y Anastasio quedaron dormidos con sueño intranquilo. Recios golpes dados en la puerta de la casa los despertó.

Ambos se vistieron precipitadamente y Anastasio salió al portal, recorrió el cerrojo, quitó la tranca, dió vuelta á la llave y abrió la puerta. Era la pareja de la Guardia civil.

—A ver, tú, muchacho —dijo el más viejo de los guardias—, llama al tío Guriche, que le tenemos que hablar.

—Anastasio quedó como alelado.

—¿No oyes, hombre? —insistió el guardia.

El alelamiento, la paralización y la mudez de Anastasio fueron absolutos.

—Entonces, ¿es que no está en casa el montaraz?

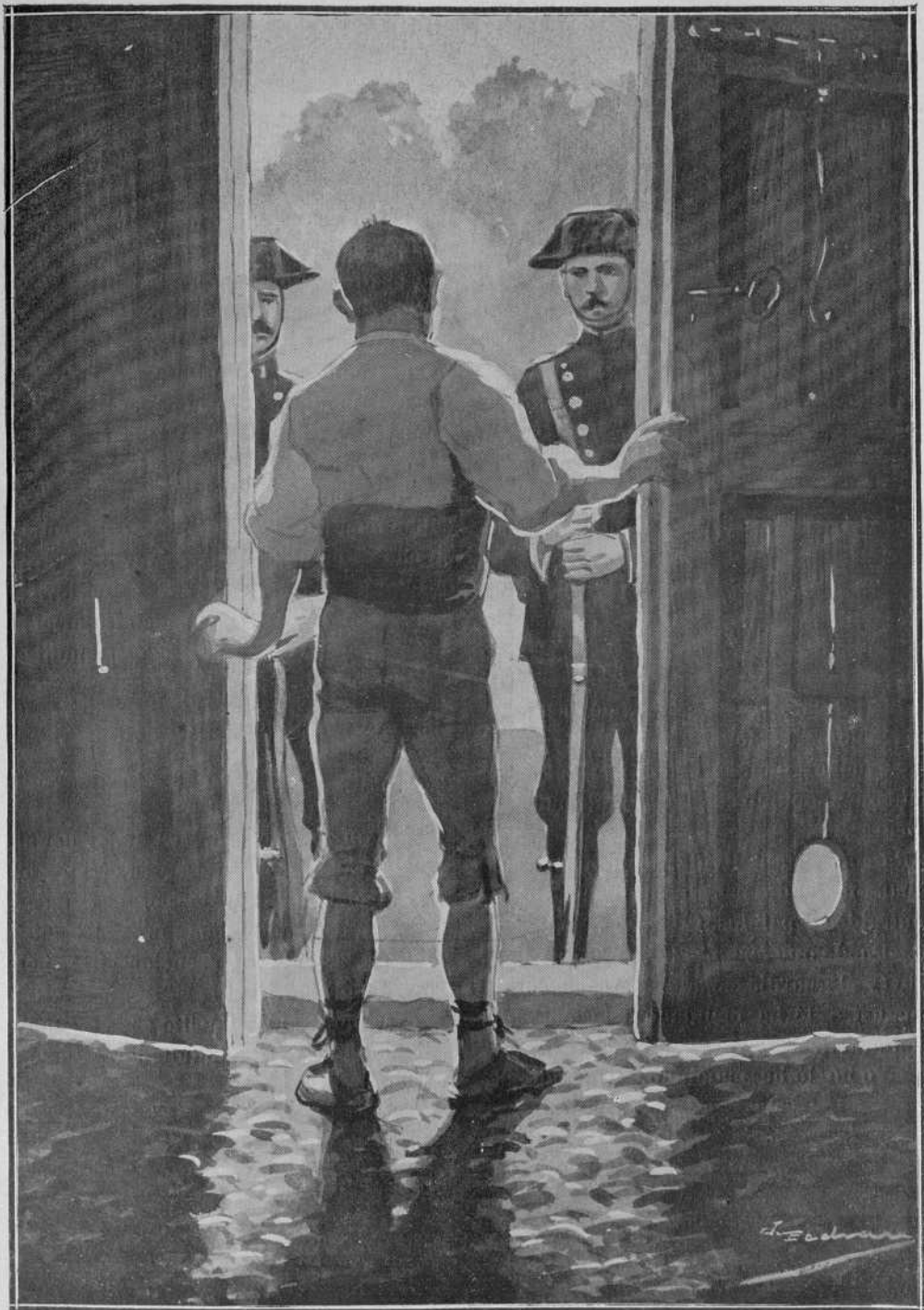
—No está en casa... —repitió maquinalmente Anastasio, bajando los ojos ante la mirada de su interlocutor.

—Pues, entonces, ¿dónde está?

—No lo sé...

—Pues el tío Guriche nos ha dicho que tú lo sabías.

Anastasio miró al guardia con ojos asombrados.



EL LIBRO POPULAR FÁBRICA DE CORBATAS

REVISTA LITERARIA

QUE PUBLICA EN CADA NÚMERO
UNA NOVELA ILUSTRADA COMPLETA
Y RIGUROSAMENTE INÉDITA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En España, trimestre.....	2,50 pesetas.
» » año.....	9 »
En el Extranjero, trimestre....	3,50 francos.
» » año.....	12 »

Número suelto, 20 céntimos.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. Joaquín Dicenta: *Infanticida*.
2. Condesa de Pardo Bazán: *En las cavernas*.
3. Luis Morote: *En la Manigua*.
4. Antonio de Hoyos y Vincent: *La hora de la caída*.
5. Carlos Miranda: *El crimen de la calle de Tudescos*.
6. Antonio Zozaya: *Inés de Magdala*.
7. Emilio Carrère: *La Cofradía de la pirueta*.
8. Joaquín Dicenta: *Redención!...*
9. Antonio Domínguez: *Historia del Papa Abdón y de su hermano gemelo*.
10. Carmen de Burgos: *La indecisa*.
11. Felipe Trigo: *El naufrago*.
12. Sinesio Delgado: *El anacoreta*.
13. R. López de Haro: *El caso del doctor Ithurbe*.
14. Antonio Viérgol: *La primera mosca*.
15. Eduardo Zamacois: *El aderezo*.
16. E. Gómez Carrillo: *El alma inexorable de San Schenudi*.
17. Ramón Asensio Más: *De telón adentro*.
18. Manuel F. Villegas: *La Montaraza de la Golosa*.

El siguiente número publicará

LA MUJER DEL MUERTO

POR EL DUENDE DE LA COLEGIATA

Seguirán originales de los Sres. Nakens, Azorín, Luceño, Rodrigo Soriano, Francos Rodríguez, Joaquín Dicenta, Felipe Trigo, Linares Rivas, Casero, Insúa, Répide, Don Moisés, Carmen de Burgos, Pérez Zúñiga, Eugenio Noel, Luis Mazzantini, Enrique García Alvarez, Antonio Palomero y Pedro Mata.

SIN EXCEPCIÓN

No se admitirá original que no se haya solicitado

Camisas, guantes, géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. ♦ 12, CAPELLANES, 12 ♦ Precio fijo.

PRECIOSO SECRETO DE BELLEZA CREMA MISTERIO

Piel sana, limpia y hermosa.

Solamente en la Perfumería de Vázquez, San Onofre, 6

PRECIO: 2 PESETAS

LA INGLESA

GOMAS HIGIÉNICAS

GRATIS CATÁLOGO ILUSTRADO

MONTERA, 35 — VICTORIA, 3

PAÑOS INGLESES

12 PESETAS EL METRO

LOS LUISES, 4, Zorrilla, 4

IMPERMEABLE CHRISTIAN

DE PAÑO SIN GOMA

GABANES INGLESES DE NOVEDAD

50, Caballero de Gracia, 50. — Teléfono 766.

EL BUEN GUSTO

Camisería y géneros de punto el 40 por 100 de economía.
:: :: :: :: :: Ropa blanca. :: :: :: ::
Precio fijo. Preciados, 24 duplicado.

EL CÓDIGO DEL TEATRO

POR

Santiago Arimón y Alejo García Góngora

Juicio crítico de

Prólogo de

JACINTO BENAVENTE OCTAVIO CUARTERO

5 PESETAS

en todas las librerías y en la administración, Palma, 32

Averigüe usted

qué es el ALEXGO



